

mucho gusto, calculando que tendria algun buen punto de vista que diseñar. Pusimos al instante en conocimiento del capitan nuestras intenciones, el cual dirigió la proa á la isla, y una hora despues, entramos en el puerto.

CAPREA.

Pocos puntos hay en el mundo que ofrezcan tantos recuerdos históricos como Caprea. No era sino una isla como todas, acaso de aspecto mas alegre y nada mas, cuando un día Augusto resolvió hacer á ella un viaje. En el momento en que abordaba á ella, una secular encina cuya savia parecia haberse agotado para siempre, volvió á enderezar sus ramas secas ya y que descansaban en la tierra, y en el mismo dia se cubrió el árbol de botones y de hojas. Augusto era el hombre de los presagios; de tal modo quedó maravillado á la vista de este, que propuso á los Napolitanos entregarles la isla de Onaria si le cedian la de Caprea. El cambio se hizo con esta condicion : Augusto convirtió á Caprea en un lugar de delicias, habitó en ella cuatro años, y cuando murió legó la isla á Tiberio.

Tiberio se retiró á ella á su vez, como se retira á su caverna un tigre viejo cuando va á morir. Solo allí, rodeado de navios que le custodiaban noche y dia, se creyó al abrigo del puñal y del veneno. Sobre aquellas rocas, donde hoy se ven solo ruinas, se elevaban en-

tonces doce vilas imperiales, que tenian los nombres de doce grandes divindades del Olimpo : en aquellas vilas, cada una de las cuales servia durante un mes del año de fortaleza al emperador, y que estaban apoyadas en columnas de mármol cuyos dorados capiteles sostenian frisos de ágata, habia fuentes de pórfido, donde los plateados peces del Ganges irradiaban sus brillantes colores; pavimentos de mosaico, cuyos dibujos estaban formados de ópalo, de esmeraldas y rubíes; baños reservados y profundos, en donde lascivas pinturas despertaban deseos irresistibles, reproduciendo voluptuosidades que la mente no habia soñado antes. Al rededor de estas vilas y en los costados de estas montañas, hoy incultas, se elevaban entonces dos bosques de cedros y otros de naranjos, en los que se ocultaban bellos adolescentes y lindas jovencitas, que disfrazados de faunos y driadas, sátiros y bacantes, cantaban himnos á Venus, mientras que invisibles instrumentos acompañaban sus voces llenas de amor; y cuando habia llegado la noche, cuando una de esas noches diáfanas y estrelladas, como el Oriente solo sabe crear para el amor, habia extendido su manto sobre el adormecido mar; cuando una brisa embalsamada soplando del lado de Sorrento ó de Pompeya iba á mezclarse á los perfumes que niños vestidos de amores quemaban incesantemente sobre tripodes de oro; cuando gritos de voluptuosidad, misteriosas armonías y ahogados suspiros, gemian vagos y confusos como si la isla del amor se estremeciese de placer entre los brazos de un dios marino, un inmenso faro se iluminaba, semejando á un nocturno sol. Al

punto, al reflejo de su luz, veíase salir de alguna gruta y marchar en direccion de la playa, entre su astrólogo Thrasyllo y su médico Cháricles, un anciano vestido de púrpura, con su cabeza altiva y un poco inclinada, de aspecto taciturno y sombrío, sacudiendo de vez en cuando un bosque de plateados cabellos que volvian á caer sobre sus anchas espaldas ondulando como la crin de un leon. El anciano pronunciaba de tarde en tarde escasas palabras, mientras que su mano acariciaba con ademanes afeminados la cabeza de una serpiente domesticada que dormia en su seno. Esas palabras eran algunos versos griegos que acababa de componer, algunas disposiciones para sus orgías secretas en la vila de Júpiter ó en la de Ceres, ó alguna sentencia de muerte que al dia siguiente iba, llevada por las velas de una galera latina, á abordar á Ostia y aterrar á Roma : porque este anciano era el divino Tiberio, el tercer César, el emperador de los grandes ojos de color leonado, que semejantes á los del gato, del lobo ó de la hiena, veian claro en la oscuridad.

Hoy no quedan mas que ruinas de todas aquellas magnificencias : pero mas vividera que la piedra y el mármol, la memoria del anciano emperador ha quedado allí toda entera. Se diria, tanto circula su nombre todavía en todas las bocas, que fué ayer cuando descansó en la tumba parricida que le habia preparado Caligula, y en que le arrojó Macron. Diríase que á falta de su cuerpo todavía se tiembla delante de su sombra, y los habitantes de Caprea y de Anacapri, las dos ciudades de la isla, enseñan hoy los restos de su palacio con el

mismo terror que enseñarían un volcan apagado, pero que cada dia, á cada hora, á cada minuto puede reanimarse mas mortífero y mas asolador que nunca.

Estas dos ciudades están situadas, Caprea en anfiteatro frente al puerto, y Anacapri en la parte alta del monte Solara. Una escalera de quinientos ó seiscientos escalones, áspera y excavada en la roca, conduce de la primera á la segunda de esas dos ciudades; pero el cansancio de esta rápida ascension está ampliamente recompensado, es preciso decirlo, por el espléndido panorama que abraza la vista una vez llegados á la cima de la montaña. En efecto, el viajero, teniendo á su frente á Nápoles, ve á su derecha y en primer término á Pœstum, aquella voluptuosa hija de la Grecia, cuyas rosas, que florecian dos veces al año en una atmósfera letal para la virginidad, iban á marchitarse en la frente de Horacio y a deshojarse sobre la mesa de Mecenas : más allá Sorrento, donde el viento que pasa arrastra consigo las flores de azahar, que dispersa á lo lejos sobre la mar : luego se ve á Pompeya dormida sobre su ceniza, y que se despierta como las antiguas reinas de Egipto, con sus pinturas animadas, sus jarrones lacrimatorios (1) y sus fajas mortuorias ; por último, Herculano, que un dia sorprendido por la lava, rugió, se retorció y murió como Laocoon ahogado en los nudos de sus serpientes. Allí empieza Nápoles, porque Torre

(1) Vasos que se encuentran en los sepulcros antiguos de gentiles. *N, del T.*

di Greco, Resina y Pórtici no son, á decir verdad, sino arrabales : Nápoles, la ciudad perezosa, reclinada sobre su anfiteatro de montañas, y extendiendo sus piés hasta las templadas y lascivas ondas de su golfo ; Nápoles, de la que Roma, la reina del mundo, habia hecho su quinta de recreo : tantos encantos ha derramado la naturaleza á su alrededor, lo mismo entonces que hoy. Despues de Nápoles, descubre la vista á Pouzzoles y su templo de Sarapis medio oculto en el agua ; Cumas y su caverna sibilina, á la que bajó el piadoso Eneas : mas allá el golfo sobre el cual echó Caligula, para adelantarse á Jerjes, un puente de una legua, del que se descubren todavía las ruinas : luego se ve á Bauli, de donde levó ancla la galera imperial preparada por Neron, y que debia abrirse bajo los piés de Agripina : en seguida Baïa, tan mortal para los amantes castos ; y por último, Misena, donde está enterrado el clarin de Eneas, y donde Plinio el anciano fué á morir ahogado en su litera por las cenizas de Stabia.

Figúrese el lector el cuadro que acabamos de describir, iluminado por ese faro inmenso que se llama el Vesubio, y dígame si hay en todo el mundo algo que pueda compararse á semejante espectáculo.

En medio de estos recuerdos antiguos brota bajo los piés uno enteramente moderno. Es un episodio de esa epopeya gigantesca que comienza en 1789 y acaba en 1815. Dos años hacia ya que los Franceses eran dueños del reino de Nápoles, y quince dias que Murat era rey de él, y sin embargo, Caprea pertenecía todavía á los Ingleses. Dos veces su predecesor José habia

intentado su conquista, y dos veces la tempestad, esa eterna aliada de la Inglaterra, habia dispersado sus navíos.

Era una vista incómoda para Murat la de aquella isla que le cerraba su rada como con una cadena de hierro: así por la mañana cuando el sol se levantaba por detrás de Sorrento, aquella isla era el primer objeto que atraía sus miradas; y por la tarde, cuando el sol se ocultaba á espaldas de Prócida, todavía era aquella isla en donde fijaba su última mirada.

A todas las horas del día, Murat interrogaba á los que le rodeaban respecto á aquella isla, y sabia acerca de las precauciones tomadas por Hudson Lowe, su comandante, cosas casi fabulosas. En efecto, Hudson Lowe no se habia fiado en aquella cintura inabordable de rocas cortadas á pico que la rodeaba y que habian bastado á Tiberio: cuatro fuertes nuevos habia añadido el gobernador á los que ya existían: habia hecho desaparecer por la piqueta y saltar por medio de la mina, los senderos que serpenteaban al rededor de los precipicios, por donde aun los pastores no se atrevían á pasar sino con los piés descalzos: en fin, concedió un premio de una guinea á cada persona que llegase, á pesar de la vigilancia de los centinelas, á introducirse en la isla por cualquiera senda que no hubiese sido franqueada por otros que nó por él.

En cuanto á las fuerzas materiales de la isla, Hudson Lowe tenia á su disposición dos mil soldados y cuarenta bocas de fuego, que aplicándolas la mecha, iban á llevar la alarma á la isla de Ponza, donde los Ingleses

tenían ancladas cinco fragatas prontas á marchar donde el cañon las llamase.

Semejantes dificultades hubiesen desanimado á otro que á Murat, pero Murat era el hombre de las cosas imposibles. Murat habia jurado que tomaría á Caprea, y aunque no habian trascurrido mas que tres dias desde que habia hecho aquel juramento, creía ya haber faltado á su palabra, cuando llegó el general Lamarque. Este acababa de apoderarse de Gaeta y Maratea, de entrar en once acciones, y de someter tres provincias: Lamarque era, pues, el hombre que necesitaba Murat; así sin decirle nada, le condujo Murat al balcon, le puso un antejo en las manos, y le enseñó la isla.

Lamarque miró algunos instantes, vió la bandera inglesa que flotaba sobre los fuertes de San Salvador y San Miguel, volvió á meter los cuatro tubos del antejo, y dijo:

— Sí, comprendo; sera preciso tomarla.

— ¿Y bien? replicó Murat.

— ¡Y bien! respondió Lamarque, se tomará. Hé ahí todo.

— ¿Y cuándo será eso? preguntó Murat.

— Mañana, si V. M. quiere.

— Enhorabuena, dijo el rey, hé ahí una respuesta como las que á mí me gustan. ¿Y cuántos hombres quieres?

— ¿Cuántos tienen ellos? preguntó Lamarque.

— Dos mil, sobre poco mas ó menos.

— ¡Pues bien! déme V. M. mil quinientos ó mil ochocientos hombres: permítame escogerlos entre los

que he traído ; me conocen y yo los conozco. Pereremos hasta el último ó tomaremos la isla.

Murat, por toda contestacion, alargó la mano á Lamarque. Eso es lo que él hubiera dicho siendo general ; eso era lo que estaba pronto á hacer siendo rey. Despues se separaron los dos, Lamarque para elegir sus hombres, Murat para reunir las embarcaciones.

A la mañana siguiente todo estaba pronto, soldados y navíos. Por la noche salió la expedicion de la rada. Por mas precauciones que se hubiesen tomado para guardar el secreto, se habia divulgado : toda la ciudad estaba en el puerto, saludando á voces á aquella escuadrilla que partia alegremente y llena de indiferente confianza hácia un objeto que era mirado como imposible.

Bien pronto el viento, favorable al principio, comenzó á disminuir : no habia hecho diez millas la escuadrilla, cuando de pronto se calmó. Se navega al remo, pero el remo es lento, y el día apareció cuando todavía estaban á dos leguas de Caprea. Entonces, como si hubiera sido preciso luchar contra todos los imposibles, vino la tempestad. Se estrellaban las olas con tal violencia contra las rocas cortadas á pico que rodeaban la isla, que no fué posible durante toda la mañana aproximarse á ellas. A las dos la mar se calmó. A las tres los primeros cañonazos se cambiaron entre las bombardas napolitanas y las baterías del puerto : los gritos de cuatrocientas mil almas extendidas desde Margellina hasta Pórtici, les respondieron.

En efecto, era un maravilloso espectáculo que el nuevo

rey daba á su nueva capital : él mismo, con un anteojo de larga vista estaba sobre la azotea del palacio. Desde las embarcaciones se veía aquel gentío situado en las diferentes gradas del inmenso circo, del que la mar era la arena. César, Augusto, Neron, no habian dado otros espectáculos á sus súbditos que cazas, luchas de gladiadores ó simulacros navales : Murat daba á los suyos una batalla verdadera.

La mar se habia vuelto tranquila como un lago. Lamarque dejó á sus bombardas y lanchas cañoneras en su empeño con las baterías del fuerte, y con sus embarcaciones de soldados costeoó la isla : por todas partes erizadas rocas bañaban en el agua sus gigantescas murallas : no habia punto alguno donde abordar. La escuadrilla dió la vuelta á la isla sin encontrar un sitio donde sentar la planta. Una descubierta de mil doscientos Ingleses, siguiendo con los ojos todos sus movimientos, daba la vuelta al mismo tiempo que ella.

Hubo un momento en que se creyó que todo habia concluido, y que era preciso volver á Nápoles sin haber intentado nada. Los soldados ofrecieron atacar el fuerte, pero Lamarque meneaba la cabeza : era una tentativa insensata. Por tanto, ordenó dar otra vez vuelta á la isla para examinar si efectivamente no se encontraba un punto abordable que se hubiese escapado á la primera exploracion.

Habia un ángulo entrante al pié del fuerte Santa Bárbara, un sitio donde la muralla de granito no tenia mas que de cuarenta á cuarenta y cinco piés de elevacion. Encima de aquella muralla lisa como un mármol de

15318

mentado, se extendía una escarpa tan pendiente, que á primera vista no se hubiese creído ciertamente que hubiese hombres que pudiesen escalarla. Sobre esta escarpa, á quinientos piés de roca, habia una especie de barranco, y mil doscientos piés mas alto todavía, el fuerte de Santa Bárbara, cuyas baterías barria la escarpa pasando por encima del barranco, en el que las balas no podian caer.

Lamarque se detuvo en frente del ángulo entrante, llamó á su ayudante general Tomás y al jefe de escuadron Livron. Los tres tuvieron consejo un instante, despues pidieron las escalas.

Se dirigió la primera escala sobre la roca; apenas llegaba á un tercio de su altura: se añadió á la primera una segunda escala que aseguraron con cuerdas, y unidas así aplicaron de nuevo las dos: á pesar de haberlas unido, todavía faltaban doce ó quince piés para que llegasen á la escarpa: se añadió otra escala, la sujetaron á las otras dos con las mismas precauciones que habian tomado para la segunda, y midieron de nuevo la altura: esta vez los últimos peldaños tocaban al creston de la muralla. Los Ingleses observaban estos preparativos con aire estupefacto que indicaba claramente que semejante tentativa les parecia insensata. En cuanto á los soldados, cambiaban entre sí una sonrisa que significaba: « Bueno, dentro de un instante empezará la gresca. »

Un soldado puso el pié en la escala.

— ¡ Eres bien diligente! le dijo el general Lamarque retirándole hácia atrás; y el soldado volvió á su puesto. Toda la escuadrilla aplaudió á la vez. El general La-

marque subió el primero y los que estaban en la misma embarcacion que él le siguieron. Seis hombres pusieron el pié en la escala, que vacilaba á cada ola que la mar estrellaba contra la roca. Parecia que una inmensa serpiente dirigia sus ondulantes anillos por la muralla.

En tanto que aquellos audaces escaladores no llegaban á la escarpa, estaban protegidos del fuego de los Ingleses por la misma forma de la muralla que escalaban; pero apenas el general Lamarque puso el pié sobre el pico de la roca, rompieron á un mismo tiempo el fuego de fusilería y artillería: de los primeros quince hombres que llegaron allí, diez cayeron precipitándose al mar. A aquellos quince hombres siguieron otros veinte y luego cuarenta, y hasta ciento. Los Ingleses intentaron con ardor un movimiento para rechazarlos á la bayoneta, pero la escarpa que los escaladores asaltaban era tan pendiente, que no osaron verificarlo. Resultó de ahí que el general Lamarque y unos cien hombres, en medio de una lluvia de balas y metralla, tomaron el barranco, y allí, como al abrigo de un espaldon, se formaron en peloton. Entonces los Ingleses cargaron sobre ellos para desalojarlos, pero fueron recibidos por tar nutrido fuego de fusilería, que se retiraron en desorden. Durante este movimiento, continuaba el asalto, y cerca de quinientos hombres habian tomado tierra.

Eran las cuatro y media de la tarde. El general Lamarque mandó suspender el asalto: se consideraba con bastante fuerza para mantenerse donde estaba; por otra parte, le arredraba el estrago que la fusilería y artillería enemigas hacian en sus hombres, y queria aguardar la

noche para terminar el peligroso desembarco. La órden la llevó el ayudante general Tomás, que atravesó por segunda vez la escarpa bajo el fuego del enemigo, ganó, contra toda esperanza, la escala sin accidente alguno, y volvió á bajar á la escuadrilla, de la que tomó el mando, poniéndola al abrigo de todo peligro en la pequeña bahía que formaba el ángulo entrante de la roca.

Entonces el enemigo reunió todos sus esfuerzos contra el peloton aislado en el barranco. Por cinco veces mil trescientos ó cuatrocientos Ingleses se estrellaron contra Lamarque y sus quinientos hombres. En esto llegó la noche : este era el momento convenido para volver á empezar el asalto. Esta vez, como lo habia previsto Lamarque, fué mas fácil la operacion que la primera. Los Ingleses continuaban haciendo frecuentes disparos, pero la oscuridad les impedía disparar con la misma certeza. Con gran asombro de los soldados, el ayudante general Tomás asaltó esta vez el último ; pero no tardó mucho en tenerse la explicacion de esta conducta ; llegado á la cima de la roca, destruyó la escala ; al punto las embarcaciones largaron velas y tomaron la vuelta de Nápoles. Lamarque, para asegurar la victoria, acababa de quitar todo medio de retirada.

Los dos campos contaban un número igual de hombres, habiendo perdido los que asaltaron cerca de trescientos : así que Lamarque no dudó un momento, y colocando en órden de batalla su pequeño ejército con el mayor silencio, marchó derecho al enemigo sin permitir que un solo disparo respondiese al fuego de los Ingleses.

Chocaron las dos divisiones, las bayonetas se cruzaron, y la lucha fué cuerpo á cuerpo : la artillería del fuerte Santa Bárbara apagó sus fuegos, porque Franceses é Ingleses estaban de tal modo mezclados, que no se podia disparar sobre los unos sin disparar al mismo tiempo sobre los otros. La lucha duró tres horas : durante tres horas se daba y recibia la muerte á boca de jarro. Al cabo de ese tiempo el coronel Hausel habia muerto y con él habian caido quinientos Ingleses ; el resto se veía envuelto. Un regimiento entero se rindió : era el Real de Malta. Mil cien hombres hicieron novecientos prisioneros. Los desarmaron y sus sables y fusiles se arrojaron á la mar : trescientos hombres quedaron para custodiar á los prisioneros, y los otros ochocientos marcharon contra el fuerte.

Esta vez no tenian ni aun escalas. Felizmente las murallas eran bajas : el asalto se dió subiéndose los unos sobre las espaldas de los otros. Despues de una defensa de dos horas, tomaron el fuerte : hicieron entrar en él los prisioneros y se les encerró allí.

El gentío que llenaba los muelles, los balcones y las azoteas de Nápoles, ávido y curioso, habia permanecido allí á pesar de la noche : en medio de las tinieblas habia visto encenderse la montaña como un volcan ; pero á eso de las dos de la madrugada el fuego se habia apagado, sin que se supiese quién era el vencedor ó el vencido. Entonces hizo la inquietud lo que antes habia hecho la curiosidad ; la multitud permaneció hasta el dia allí : con la aurora se vió la bandera napolitana flotar sobre el fuerte Santa Bárbara. Una inmensa aclama-

ción producida por cuatrocientas mil personas resonó desde Sorrento á Misena, y el cañon del castillo de San Telmo, dominando con su voz de bronce todas aquellas voces humanas, llevó á Lamarque las primeras felicitaciones de su rey.

Sin embargo, la obra estaba á medio hacer : despues de haber subido era preciso bajar, y esta segunda operacion no era menos difícil que la primera. De todos los senderos que conducian desde Anacapri á Caprea, Hudson Lowe no habia dejado subsistir sino la escalera de que hemos hecho mencion : y esta escalera que costean en toda su extension grandes precipicios, ancha escasamente para permitir bajar por ella dos hombres de frente, presentaba sus cuatrocientos ochenta escalones á medio tiro de doce piezas de á treinta y seis, y de veinte lanchas cañoneras.

Sin embargo, no habia tiempo que perder, y ahora Lamarque no podia aguardar á la noche : se descubria en el horizonte toda la escuadra inglesa que el ruido del cañon habia hecho salir del puerto de Ponza. Era preciso apoderarse de la aldea antes que llegase aquella escuadra, porque de otro modo arrojaria en la isla tres veces un número de hombres superior al que habia ido para tomarla ; y en este caso, obligados delante de fuerzas tan superiores á encerrarse en el fuerte Santa Bárbara, los vencedores se verian obligados á rendirse ó morir de hambre.

El general dejó cien hombres de guarnicion en el fuerte Santa Bárbara, y con los mil que le quedaban intentó la bajada. Eran las diez de la mañana. Lamar-

que no tenia medio de ocultar nada al enemigo : era preciso, pues, acabar como se habia empezado, á fuerza de audacia. Dividió sus escasas fuerzas en tres cuerpos : tomó el mando del primero, dió el del segundo al ayudante general Tomás, y el del tercero al jefe de escuadron Livron ; despues á paso de carga y tambor batiente, comenzó á bajar.

Horroroso espectáculo debia ser el que presentase un monton de hombres rodando por aquella escalera arrojados en el abismo, y bajo el fuego de sesenta ú ochenta piezas de artillería. Doscientos fueron precipitados, acaso sin estar heridos, y se estrellaron en su caída : ochocientos llegaron al final de la escalinata, y se extendieron en lo que se llama la *grande marina*. Allí estaban al abrigo del fuego : pero habia que volver á comenzar de nuevo, ó mas bien nada se habia terminado ; era preciso tomar á Capri, la fortaleza principal, y los fuertes San Miguel y San Salvador.

Entonces y despues de la obra del valor, comenzó la obra de la paciencia : cuatrocientos hombres se pusieron á trabajar. Delante de las termas de Tiberio, cuyas potentes ruinas les protegian de la artillería de la fortaleza, comenzaron á excavar una rada, mientras que los otros cuatrocientos, hallando en sus troneras los cañones enemigos, volvian espalda hácia la ciudad y construian baterías de brecha, los otros hácia los navíos que se veian arribar luchando con el viento contrario, y reunian balas rojas.

Hácia las dos de la tarde se concluyó la rada : entonces se vieron avanzar de la puerta del cabo Campanella

las emborcaciones de ~~cañones~~ la víspera, que volvian cargadas de víveres, de municiones y de artillería. El general Lamarque escogió doce piezas de á veinte y cuatro, cuatrocientos hombres tiraron de ellas, y á través de las rocas, por caminos que abrieron ellos mismos á cubierto del enemigo, los arrastraron á la cima del monte Solaro que domina la ciudad y los dos fuertes. A las seis de la tarde, estaban las doce piezas en batería. De sesenta á ochenta hombres quedaron allí para servir las; los otros volvieron á bajar y fueron á reunirse á sus compañeros.

Pero, durante este tiempo, se verificaba una cosa extraña. A pesar del viento contrario, la escuadra se habia acercado á tiro de cañon y habia comenzado el fuego. Seis fragatas, cinco bricks, doce bombardas y seis lanchas cañoneras sitiaban á los sitiadores, los cuales á un mismo tiempo se defendian contra la flota y atacaban la ciudad. En esto llegó la noche: forzoso fué interrumpir el combate: Nápoles se hacia todo ojos para mirar; aquella noche el volcan se habia apagado ó descansaba.

A pesar de la mar, á pesar de la tempestad, á pesar del viento, los Ingleses consiguieron durante la noche desembarcar en la isla doscientos artilleros y quinientos hombres de infantería. Los sitiados se encontraban ya, por tanto, mas fuertes que los sitiadores en una tercera parte.

Vino el dia; con el dia el cañoneo se reprodujo entre la escuadra y la costa, y entre la costa y la tierra. Los tres fuertes respondian á competencia á aquel ata-

que que, dividido, era menos peligroso para ellos, cuando de repente algo parecido á un huracan estalló sobre sus cabezas; una lluvia de hierro á medio tiro de cañon, aplastó á los artilleros sobre sus piezas. Eran los doce cañones de á veinte y cuatro que tronaban á la vez.

En menos de una hora, se apagó el fuego de los tres fuertes; al cabo de dos horas, la batería de la costa habia practicado una brecha. El general Lamarque dejó cien hombres para servir las piezas que debian imponer respeto á la escuadra, se puso á la cabeza de las otros seiscientos y dispuso el esalto.

En aquel momento izaron una bandera blanca en la fortaleza. Hudson Lowe pedia capitulacion. Mil trescientos hombres, sostenidos por una escuadra de cuarenta á cuarenta y cinco velas, ofrecian rendirse á setecientos, sin otra condicion que la retirada con armas y bagajes. Hudson Lowe se comprometió además á hacer volver á la escuadra al puerto de Ponza. La capitulacion era demasiado ventajosa para ser rechazada: los novecientos prisioneros del fuerte Santa Bárbara, se reunieron á sus mil trescientos compañeros. Al medio dia, los dos mil doscientos hombres de Hudson Lowe dejaban la isla, abandonando á Lamarque y sus ochocientos soldados, la plaza, los fuertes, la artillería y las municiones.

Doce años despues, Hudson Lowe tenia el mando de otra isla; pero esta vez, no ya con el titulo de gobernador sino con el de carcelero, y su prisionero, como un insulto que debia compensar todos los tormentos que

le había hecho sufrir, le echaba en cara aquella deshonrosa rendición de Caprea.

Fui á ver la escarpa y la escalinata, es decir, el sitio por donde mil quinientos hombres habían subido y en el que mil habían bajado : con solo mirarlo se desvanecía la cabeza ; cada grada de la escalinata conserva todavía la huella de la metralla.

Había yo hecho esta excursión solo. Jadin había encontrado una vista que dibujar, y estaba á un tercio de la subida. Allí nos rodearon veinte y cinco bateleros, que empezaron á tirar de nosotros cada uno por su lado : eran estos los ciceroni de la gruta de lapislázuli : como no se puede ir á Caprea sin ver la gruta de lapislázuli, elegí uno y Jadin otro, porque se necesita una barca y un batelero por viajero, siendo la entrada tan baja y cerrada que no se puede penetrar en ella sino con una canoa muy estrecha.

La mar estaba en calma, y sin embargo, aun en el tiempo mas bonancible, chocan las olas con tal fuerza contra la cintura de rocas que rodea la isla, que nuestros barcos se levantaban y hundían como en una tempestad, viéndonos obligados á echarnos en el fondo y asegurarnos en los bordes para no ser lanzados al mar. En fin, despues de tres cuartos de hora de navegacion durante los que habíamos costado la sexta parte próximamente de la circunferencia de la isla nos avisaron nuestros bateleros que habíamos llegado. Miramos á nuestro alrededor ; pero no vimos ni la menor apariencia de la mas pequeña gruta, hasta que nos señalaron un punto negro y circular que apenas distinguíamos

por encima de la espuma de las olas : era la entrada de la bóveda.

La primera vista de aquella entrada no inspira confianza : no se comprende cómo se podrá pasar por ella sin romperse la cabeza contra la roca. Como la cuestión nos pareció bastante importante para ser discutida, la propusimos á nuestros bateleros, los que nos respondieron que teníamos mucha razón, siempre que permaneciésemos sentados ; pero que no teníamos mas que echarnos del todo, y evitaríamos el peligro. No habíamos ido tan adelante para retroceder. Di el primero el ejemplo : mi batelero avanzó remando con precauciones que indicaban que, por mas habituado que estuviese á semejante operación no la miraba, sin embargo, como exenta de todo peligro. Por lo que respecta á mí, en la posición en que estaba, no veía mas que el cielo : al punto me vi levantar sobre una ola, la barca se deslizó con rapidez, y yo no vi mas que una roca que pareció durante un segundo pesar sobre mi pecho. En seguida, por una repentina transición, me hallé en una gruta tan maravillosa, que di un grito de admiración, y me levanté con un movimiento tan rápido para mirar á mi alrededor que faltó poco para que hiciese zozobrar nuestra embarcación.

Efectivamente, delante, detrás, encima, debajo, á mi alrededor tenia maravillas de que ninguna descripción puede dar una idea, y delante de las que aun el pincel, ese gran medio de trasmisión de los recuerdos humanos, es impotente. Figúrese cualquiera una inmensa caverna toda de lapislázuli, como si Dios se hubiese en-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

tretenido en construir una tienda con algun trozo del firmamento : una agua tan límpida, tan trasparente y tan pura, que parecia flotar sobre un aire condensado : el techo con estalactitas pendientes de él como pirámides invertidas ; por los costados en el fondo, una arena de oro cubierta en partes por vegetaciones submarinas ; á lo largo de las paredes que se bañan en el agua, retoños de coral con ramos caprichosos y relucientes ; del lado de la mar un punto, una estrella, por la cual entra el crepúsculo que ilumina este palacio de hada : en fin, á la extremidad opuesta, una especie de estrado adornado como el trono de la suntuosa diosa que ha elegido para su salon de baño una de las maravillas del mundo.

Hubo un instante en que toda la gruta tomó un tinte oscuro, á la manera del que toma la tierra cuando en medio de un dia despejado pasa una nube de repente delante del sol. Era Jadin que entraba á su vez, y cuya barca tapaba la entrada de la caverna. Bien pronto fué lanzado cerca de mí por la fuerza de la ola que le habia elevado ; la gruta volvió á tomar su bello color de lapislázuli, y su barca se detuvo vacilante cerca de la mia, porque aquel mar tan agitado y atronador en la parte exterior, no tenia en lo interior de la gruta sino un movimiento dulce y callado como el de un lago.

Segun todas las probabilidades, la gruta de lapislázuli habia sido ignorada de los antiguos. Ningun poeta habla de ella, y ciertamente con su maravillosa imaginacion, no hubieran dejado los Griegos de hacer de ella la mansion de alguna diosa marina de nombre

armonioso, y de la que nos hubiesen dejado su historia. Suetonio, que nos describe con tantos detalles las termas y los baños de Tiberio, no hubiese dejado de consagrar algunas palabras á esta piscina natural que el anciano emperador habria elegido sin duda para teatro de algunas de sus monstruosas voluptuosidades. No, acaso la mar llegaba á mayor elevacion en aquella época que á al presente, y la maravilla marítima no era conocida sino de Anfitrite y su corte de sirenas, náyades y tritones.

Pero á veces, como Diana sorprendida por Acteon, Anfitrite se enoja contra los indiscretos viajeros que le persiguen en su retiro. Entonces, en cortos instantes, sube el mar y cubre la entrada, de modo que los que han entrado no pueden ya salir. En este caso es preciso esperar á que el viento que ha variado repentinamente de E. á O., cambie del S. al N. ; y ha sucedido que viajeros que han ido para emplear veinte minutos en la gruta de lapislázuli, permanecen en ella dos, tres y aun cuatro dias. Así los bateleros, previendo este accidente, llevan siempre consigo cierta cantidad de una especie de bizeocho destinado á alimentar á los prisioneros. Por lo que hace al agua, filtra por dos ó tres sitios de la gruta con bastante abundancia para que no pueda haber temor de verse atormentado por la sed. Nos quejamos al batelero por haber esperado á tan tarde para contarnos un hecho tan poco tranquilizador ; pero nos respondió con una sencillez encantadora :

— ¡ Caramba, excelencia ! si dijera uno eso con anticipacion á los viajeros, la mitad de ellos no

querrian venir, lo cual seria en perjuicio de los bateleros.

Confieso que despues de saber aquella circunstancia accidental, se habia apoderado de mí cierta inquietud que era causa de que encontrase la gruta de lapis lázuli infinitamente menos agradable que lo que al principio me habia parecido. Desgraciadamente nuestro batelero nos habia referido aquel detalle en el momento en que nos desnudábamos para bañarnos en aquella agua tan bella y tan trasparente, que no necesita para atraer al pescador, de las armonías de la poética ondina de Goethe. No quisimos perder los preparativos hechos, terminamos los que quedaban por hacer apresuradamente, y sumergimos nuestras cabezas.

Únicamente cuando se está á cinco ó seis piés debajo de la superficie del agua, es cuando se puede apreciar su increíble pureza. A pesar del velo que rodea al que se sumerge, ningun detalle se le escapa: se percibe con tanta claridad como á través del aire la menor chita del fondo ó la mas pequeña estalactita del techo; solo si cada cosa toma un tinte mas oscuro.

Al cabo de un cuarto de hora volvimos á subir cada uno á nuestra barca y nos vestimos sin haber seducido, á lo que parecia, á ninguna de las ninfas invisibles de aquel húmedo palacio, que en caso contrario no hubiesen dejado de retenernos á lo menos veinte y cuatro horas. Esto era humillante; pero como ni el uno ni el otro teníamos la pretension de ser Telémacos, tomamos nuestro partido. Nos recostamos en el fondo de nuestras canoas respectivas, y salimos de la gruta de lapislázuli

con las mismas precauciones y tan felizmente como habíamos entrado: pero estuvimos seis minutos sin poder abrir los ojos; la deslumbradora claridad del sol nos cegaba. No habíamos dado cien pasos, cuando ya lo que acabábamos de ver no tenia para nosotros sino el valor de un sueño.

Volvimos á abordar al puerto de Caprea. Mientras arreglábamos nuestras cuentas con los bateleros, Pietro nos enseñó un hombre tendido al sol y vuelto el rostro hácia la arena. Era el pescador que nueve ó diez años antes habia descubierto la gruta de lapislázuli, buscando lo que arroja la mar á lo largo de las rocas. Habia ido al punto á dar parte de su descubrimiento á las autoridades de la isla, y las habia pedido ó el privilegio de conducir él solo á los viajeros al nuevo mundo que habia descubiertó, ó un tanto del precio que se hiciesen abonar los que los condujeran. Las autoridades, que habian visto en este descubrimiento un medio de atraer los extranjeros á su isla, habian accedido á la segunda proposicion; de modo que desde aquel tiempo el nuevo Cristóbal Colon vivia de sus rentas, tras de las que no se tomaba la pena de córrer, y que, como se ve, las recibia durmiendo. Era el personaje en toda la isla cuya suerte era mas envidiada.

Como habíamos visto todo lo que Caprea podia ofrecer de curioso, volvimos á entrar en nuestra lancha y á llegar al Speronare, el cual aprovechando algunas ráfagas de viento de tierra, desplegó velas y se encaminó dulcemente en la direccion de Palermo.